

TRAS LA ESTELA DE MAGALLANES: TRES SIGLOS DE EXPANSIÓN HISPANA EN EL PACÍFICO

Salvador Bernabéu Albert
Profesor de Investigación del CSIC.
Exdirector de la Escuela de Estudios Hispanoamericano del CSIC

El océano Pacífico se caracteriza por una inmensa mancha azul salpicada por pequeñas islas de un intenso verdor: más de veinte mil que se distribuyen principalmente entre los trópicos de Cáncer y de Capricornio. Esta galaxia de islas se agrupan en archipiélagos, donde varias grandes ínsulas están rodeadas por docenas de pequeños atolones o simples rocas emergidas. Sin embargo, esta vecindad contrasta con la enorme distancia que, en ocasiones, separa los distintos grupos o islas, como la famosa Rapa Nui o Isla de Pascua, situada a 3.500 km del continente americano y a 2.000 km de la isla más cercana: Pitcairn, el hogar de los desertores de la *Bounty* (1789-1790).

Estas características explican que la expedición comandada por Hernando de Magallanes –con tres de las cinco naves con las que partió de Sanlúcar de Barrameda el 20 de septiembre de 1519– apenas encontrara dos islas, bautizadas como Infortunadas, en su navegación por el gran océano que bautizó como Pacífico por sus aguas tranquilas y suaves corrientes, después de superar el estrecho que lleva su nombre el 27 de noviembre de 1520. Tras varios meses de singladura, los expedicionarios avistaron las islas de los Ladrones (Marianas) y el archipiélago de San Lázaro (Filipinas), donde el navegante lusitano al servicio de la Corona española encontró la muerte. La jornada demostró las enormes proporciones del océano, bautizado por Balboa como Mar del Sur, y las dificultades para su travesía: largas jornadas sin ver tierra, hambre, sed, enfermedades, incertidumbre, etc. A pesar de ello, la poderosa atracción de las especias, concentrada en un puñado de islas conocidas como el Maluco o el archipiélago de las Molucas, puso de nuevo en la mar a docenas de barcos, cientos de hombres y enormes caudales, que siguieron la estela abierta por Magallanes.



EN BUSCA DE LAS ESPECIAS: DE MAGALLANES A LA COLONIZACIÓN DE LAS FILIPINAS

Las noticias y especias que Elcano y sus compañeros llevaron a España tras completar la primera vuelta al globo el 6 de septiembre de 1522 fueron recibidas con gran interés, surgiendo el deseo de establecer relaciones regulares con las Molucas. Una de las primeras iniciativas fue la creación de la Casa de la Contratación de la Especiería en La Coruña y la organización de una nueva expedición. En la madrugada del 24 de julio de 1525, una escuadra compuesta por siete naves, capitaneada por fray García Jofre de Loaísa, comendador de la orden de Santiago, levó anclas del citado puerto gallego. El viaje (1525-1527), que estuvo lleno de contratiempos y desgracias, tuvo un balance pobre para las expectativas creadas y las numerosas riquezas invertidas. Los hombres de Loaísa descubrieron la punta más meridional de América, bautizada posteriormente como cabo de Hornos, y una isla del archipiélago de las Marshall, posiblemente el atolón de Taongi.

La nómina de descubrimientos en el Pacífico se amplió durante el viaje de la nao *Florida*, único barco sobreviviente de la armada que capitaneaba Álvaro de Saavedra Cerón, primo del conquistador Hernán Cortés, quien partió del

puerto mexicano de Zihuatanejo el 31 de octubre de 1527. La citada nao navegó entre las Marshall y las Carolinas, descubriendo un grupo de islas –posiblemente las Namonuito u Onón, pertenecientes a las Carolinas centrales– y una ínsula, que llamaron de los Reyes, quizás el pequeño atolón de las Faraleup, antes de llegar a Mindanao en febrero de 1528. En un intento de tornaviaje, los expedicionarios avistaron Payme o Isla de Oro –perteneciente a alguno de los archipiélagos situados entre Halmahera y Nueva Guinea– y otras islas del grupo de las Shouten. La nave atravesó los atolones de Pusuluk y Puluwat, bautizados como los Pintados, y por el atolón Hall, en los 11° N, que llamaron Los Jardines, hasta llegar a los 26° N, donde murió Álvaro de Saavedra, posiblemente en las proximidades de las Hawái. La tripulación intentó seguir hacia el oriente, pero en los 31° N los vientos contrarios y la carencia de bastimentos los obligó a regresar a las Molucas, avistando la isla de Gilolo a finales de 1529.

Sus trabajos fueron continuados por los hombres de la expedición de Hernando de Grijalva (1536-1537), descubridor de las islas de Revillagigedo (México), que fue comisionado por Hernán Cortés para conducir dos barcos al Perú a petición de Francisco Pizarro con el fin de hallar nuevas tierras e islas en el Pacífico. Uno de ellos, el patache *Trinidad*, mandado por Fernando de Alvarado y pilotado por Juan Martínez, regresó a Nueva España, mientras el segundo, una nao de ciento veinte toneles, bautizada *Santiago*, partió del puerto peruano de Paita rumbo al oeste. El capitán Grijalva desobedeció la orden de dirigirse a Nueva España y puso rumbo al oeste, siguiendo la línea equinoccial. No encontraron islas, por lo que variaron el rumbo entre los 13° S y los 24° N en una derrota penosa, que provocó varias sublevaciones. Muerto Grijalva y dirigidos por el piloto Esteban del Castillo, los navegantes descubrieron unas islas, que bautizaron de los Papúas, en las que no pudieron recalar por falta de vientos. Después, la nao *Santiago* ascendió ligeramente hacia el norte, avistando las islas Quaroax y Meuncum en un viaje extenuante, que terminó con el barco varado en la bahía de Savaym (Nueva Guinea). Solo doce hombres pudieron enmararse de nuevo en un pequeño bajel, sobreviviendo dos a los ataques de los naturales.

Le siguió el viaje de Ruy López de Villalobos, que avistó las Revillagigedo, las Marshall, las Carolinas y las islas Palaos entre 1542 y 1545. Los intentos de tornaviaje que protagonizaron algunos de sus hombres permitieron ampliar la nómina de los descubrimientos españoles en el Pacífico. Bernardo de Torres intentó el regreso por una ruta septentrional con el navío *San Juan*, avistando diversas islas y atolones de las Marianas y posiblemente el archipiélago de Volcano

o Kazan Retto y el de Bonin u Ogasawara en 1543. Dos años más tarde, en 1545, Íñigo Ortiz de Retes buscó una ruta meridional con el citado *San Juan*, que iluminó una amplia zona del suroeste del Pacífico. Los nautas avistaron el grupo de las Shouten antes de demarcar y llenar de topónimos españoles la costa septentrional de Nueva Guinea y otras islas al norte de la misma.

Finalmente, este primer ciclo de navegaciones culminaría con el viaje de Miguel López de Legazpi, escribano y alcalde ordinario de México, quien capitaneó una expedición cuyo principal objetivo era la colonización de las Filipinas, fundando Manila en 1571. Durante su jornada, avistó nuevas islas de las Marshall, las Carolinas y las Palaos. Esta derrota tendría un magnífico colofón con el descubrimiento del tornaviaje, que realizarían dos naves: el patache *San Lucas*, dirigido por Alonso de Arellano –que se había separado de la flota a principios de diciembre de 1564 a causa de un temporal–, y la *San Pedro*, capitaneada por Felipe de Salcedo, nieto de Legazpi. Todos ellos siguieron la ruta trazada en México por el capitán Juan Pablo de Carrión, de modo que llegaron a la Nueva España –concretamente a los puertos de La Navidad y Acapulco– con meses de diferencia.

EL VIRREY MENDOZA Y LOS VIAJES DE MENDAÑA Y QUIRÓS

Con el fin de dar salida a los numerosos buscadores de fortuna que recorrían el Perú, así como averiguar la veracidad de ciertas leyendas incas, entre otras razones, el virrey Garcí Hurtado de Mendoza, segundo marqués de Cañete, auspició la primera expedición de don Álvaro de Mendaña que, en compañía del cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa, descubrió el archipiélago de las Ellice y las Salomón entre 1567 y 1569, reconociendo y cristianando numerosas islas, entre ellas la famosa Guadalcanal. En una nueva singladura, en la que Mendaña encontró la muerte, avistó los archipiélagos de las Marquesas de Mendoza –bautizadas en honor de la esposa del virrey– y el de Santa Cruz (1595-1596). En esta última isla murió el capitán, pasando los títulos de gobernador y adelantado a su mujer, Isabel de Barreto, único caso ocurrido durante la conquista y colonización de América y Oceanía.

Esta extraordinaria campaña finalizó con el viaje capitaneado por Pedro Fernández de Quirós, portugués y antiguo piloto de Mendaña, entre 1606 y 1607, que avistó varias islas pertenecientes a las Tuamotu y a las Nuevas Hébridas. Las penalidades sufridas por los expedicionarios fueron numerosas. Los hombres de

la fragata *Santa Catalina* iban tan aburridos que: “No querían algunas veces laborar, diciendo que Dios ni el Rey obligaban a lo imposible; [...] Y al piloto mayor le dijo uno, que se echaría al mar, aunque le llevase el diablo cuerpo y alma; y otros muchos le decían, que pues los sabía mandar, que les diese de comer”. Como epílogo de esta empresa hay que remarcar los hallazgos del viaje en solitario de la nao *San Pedro* y el patache *Tres Reyes*, que se perdieron de la capitana *San Pedro y San Pablo* en junio de 1606.



Bajo el mando de Luis Váez de Torres, los barcos pusieron rumbo al oeste, tras esperar en vano a Quirós en Santa Cruz, y descubrieron numerosas islas al oriente y sur de Nueva Guinea (bautizada Magna Margarita en honor de la reina Margarita de Austria) y el estrecho que lleva el nombre de Torres, entre los mares de Coral y Arufa, llenando el litoral septentrional de Australia de topónimos españoles (1606-1607). Tras este periplo, los viajes por el Pacífico Sur en dirección al oeste se interrumpieron durante ciento sesenta y tres años.

LAS EMPRESAS OCEÁNICAS DEL VIRREY AMAT: PASCUA Y TAHITÍ

Del virreinato del Perú partieron las expediciones hispanas más importantes del siglo XVIII si exceptuamos la encabezada por Malaspina y Bustamante, que será estudiada en otro de los artículos del boletín, y el arriesgado viaje en

solitario de Mourelle de la Rúa entre 1780 y 1781. En la mayoría de los casos, fueron viajes de vigilancia o de expansión para adelantarse a otras naciones en la ocupación de islas y puertos deshabitados. Los viajes se realizaron durante el gobierno del virrey Manuel de Amat y Junyent (1761-1767), quien había adquirido gran experiencia geoestratégica como capitán general de Chile (1755-1761), y se dirigieron a las islas de Pascua y Tahití.

El 10 de octubre de 1770, la expedición compuesta por el navío *San Lorenzo* y la urca *Santa Rosalía* levó anclas del puerto del Callao bajo el mando del capitán de fragata Felipe González de Haedo. Los navíos pusieron rumbo al sur hasta alcanzar los 27° 20' S, desde donde siguieron casi en línea recta hasta divisar la Isla de Pascua el 15 de noviembre. Entonces fondearon en el noroeste de la misma, en la actual Hanga Ho'onu, que bautizaron como Ensenada de González. En los siguientes días, varias partidas exploraron la isla y el capitán de fragata José de Bustillo tomó posesión de la misma en nombre de Carlos III. A pesar de la brevedad de la visita, de cinco días de duración, los expedicionarios españoles recogieron valiosas informaciones sobre las costumbres, los cultivos, las viviendas y las famosas estatuas de Pascua, que los nativos llamaban *moai*. Antes de regresar al Callao, los nautas visitaron San Carlos de Chiloé y avistaron la isla de Juan Fernández. El 29 de marzo de 1771 se terminó esta expedición, que dio como resultado una magnífica cartografía de Pascua que recoge los nombres dados por los españoles a los diferentes cabos, islotes y bahías que reconocieron.

El deseo del virrey Amat de colonizar Pascua se frustró obligado por la Corona, quien le ordenó, alarmada, que siguiera los pasos del capitán James Cook en Tahití. El 26 de septiembre de 1772 levó anclas del puerto del Callao la fragata *Santa María Magdalena*, alias *El Águila*, mandada por el capitán de fragata Domingo Bonaechea, llevando dos franciscanos del convento de Santa Rosa de Ocopa: fray Juan Bonamó, de Lieja, y el catalán fray José Amich, que además era piloto. La fragata puso rumbo al oeste, descubriendo el 28 de octubre una isla coralina, habitada por hombres morenos que portaban largas lanzas, que fue bautizada como San Simón y San Judas (Taure, del archipiélago de las Tuamotu). Más tarde, una segunda, rasa y con palmeras, que llamaron San Quintín (actual Haraiki) y, por último, dos islas descubiertas por Quirós en 1606 (Conversión de San Pablo y Decena), las que rebautizaron Todos los Santos y San Cristóbal (Anaa y Mehetia, respectivamente). El 8 de noviembre llegaron a Tahití, desembarcando en el puerto de Aiurua, en Tiarupu, situado en el sudeste de la isla. Allí recibieron a varios caciques locales, se hicieron regalos e

intercambiaron productos. La estancia de los españoles duró un mes, entablando cordiales relaciones con los nativos, lo que permitió profundizar en algunas de sus costumbres. Cuatro tahitianos fueron conducidos a Lima: Pautu, Tetuanui, Heiao y Tipitipia, si bien este último murió en Valparaíso, donde la expedición hizo escala. Finalmente, la fragata llegó al Callao el 31 de mayo de 1773.

El segundo viaje de la fragata *Águila*, de nuevo capitaneada por Domingo de Bonaecha, acompañada del paquebot *San Miguel*, alias *Júpiter*, mandado por José Andía y Valera, tuvo como objetivo principal el establecimiento de una misión franciscana en la isla de Amat (Tahití), que fue encomendada a fray Jerónimo Clota, catalán, y a fray Narciso González, extremeño. La jornada, que se extendió entre el 20 de septiembre de 1774 y abril de 1775, fue aprovechada para reconocer nuevas islas y perfeccionar la cartografía. Un suceso curioso fue el hallazgo de una gran cruz de madera en la isla de Todos los Santos (Anaa), que habían dejado los hombres de Quirós en 1606.

Los primeros meses de la misión, instalada cerca de la ensenada de Tautira, fueron tranquilos y prometedores, asistiendo los caciques locales a la primera misa, pero las relaciones se deterioraron paulatinamente. La tercera expedición española a Tahití se realizó en 1775 con la fragata *El Águila*, bajo el mando de Cayetano de Lángara, la cual transportó víveres y otras mercancías a la joven misión, si bien los padres le comunicaron a su llegada el deseo de abandonar Amat por temor a los isleños, con quienes se habían enemistado. Así lo hicieron el 12 de noviembre de 1775, terminando con esta marcha la presencia española en el archipiélago. El balance general es muy importante, con una cartografía excelente y unos diarios y relaciones que han ayudado a reconstruir la vida y costumbres de los habitantes de las Tuamotu y las Sociedad en los primeros momentos de su contacto con los europeos.

EL EXTRAORDINARIO VIAJE DE MOURELLE DE LA RÚA

Tras destacarse en varios viajes al Noroeste de América entre 1775 y 1780, el alférez de navío Mourelle de la Rúa se embarcó en la fragata *Princesa*, mandada por Bruno de Heceta, con destino a las islas Filipinas para transportar armas y caudales. El 15 de marzo de 1780, la fragata partió del puerto de Acapulco, acompañada de la nao *San José*, anclando en Cavite el 23 de junio. Tras el nombramiento de Heceta como jefe de todas las fuerzas navales filipinas, Mourelle pasó a comandar la *Princesa*, fragata iniciando la travesía de regreso a México el

24 de agosto de 1780. El capitán recibió sus instrucciones en Sisirán, en la costa oriental de Luzón: debía atravesar el Pacífico lo más rápido que pudiese para entregar los pliegos reservados al virrey de la Nueva España. Los tiempos eran contrarios para seguir la ruta tradicional del galeón, por lo que Mourelle buscó vientos favorables más al sur.



El 21 de noviembre de 1780, la *Princesa* puso rumbo al sureste, navegando por el norte de Nueva Guinea. Un mes más tarde, apenas había recorrido 800 leguas, encontrándose en aquel momento entre las Palaos y las islas Yap. El capitán ordenó seguir al sureste, avistando el 7 de enero las Mil Islas (Ninigo), el grupo del Almirantazgo, Nueva Irlanda, las Salomón y, el día 22, los expedicionarios oyeron el bramido del peligroso Roncador Reef, descubierto por Mendaña y bautizado Bajos de la Candelaria. Los vientos impedían realizar otra navegación que la dirigida al sureste, por lo que hubo que racionar los alimentos y el agua, a pesar de lo

cual, la situación se hizo crítica a mediados de marzo. El día 26 realizaron el primer descubrimiento, la isla de la Amargura (Fonualei) por los 18° S y 175° O, pero lo accidentado de su litoral impidió que el barco español fondeara. Al día siguiente avistaron la isla Late, si bien tampoco pudieron desembarcar, aunque al nordeste de la misma descubrieron un grupo de islas que prometía buenos fondeaderos.

El 4 de marzo, tras varios días de intentos fallidos por las continuas calmas, la *Princesa* llegó a la isla de Vavao, en el grupo de las Tonga. Un numeroso grupo de isleños recibieron a los españoles, visitando el barco el rey de la isla, llamado Tubou. Los nativos ayudaron a los marineros a llenar las pipas de agua y los proveyeron de numerosas frutas y animales. El día 12, Mourelle fue invitado a una fiesta, en la que le ofrecieron: “muchos ufis, plátanos, cocos y pescado”. A continuación, todos se sentaron y comenzó un combate singular: “Luego salió un robusto mancebo con la mano izquierda en el pecho, batiendo con la derecha el doblez del coco, dando muchos brincos por la plaza hacia aquellos que no eran de su partido; y saliendo de estos otro con los mismos ademanes, combatieron a la lucha, asiéndose de los ceñidores y empujándose con tanta violencia, que sus venas y músculos parecían tan gruesos como dedos; finalmente, el infeliz que cayó en el suelo dio tal golpe, que creí no pudiera levantarse; pero cubierto de polvo se retiraba sin volver el rostro, y solo el vencedor hacía gran rendimiento al Rey, cantando los suyos, no sé si la victoria o el ultraje del vencido”. A este combate le siguieron otros con luchadores cuyas manos y muñecas estaban protegidos por cordeles, e incluso, varios con protagonistas femeninas: “y, en efecto, tanto se enardecían, que a no separarlas de tiempo en tiempo no se dejarían diente ni muela; mas como me complaciese sensiblemente, le pedí que cesasen; cuya súplica fue inmediatamente concedida, celebrando entre ellos la compasión con que miraba a aquellas jóvenes combatientes”.

Tras dejar las Vavao, bautizadas por Mourelle islas de Don Martín de Mayorga en honor del virrey de México, los expedicionarios avistaron otra isla muy alta (quizás Kao) y, antes del ocaso, un nuevo grupo a sotavento que fue llamado islas de Don José de Gálvez (grupo de Hapai). El 24 de marzo descubrieron una isla que bautizaron Sola (Ata) y el día 27 otra que nombraron Del Piloto José Vázquez. Poco después, los malos tiempos los obligaron a capear hasta el 3 de abril, día en el que llegaron a los 30° S. Entonces descubrieron que parte de la galleta almacenada había sido engullida por las cucarachas, por lo que Mourelle tuvo que desandar parte del camino y poner proa a las Marianas en busca de alimentos. El 19 de abril navegaban a la altura de Tonga sin descubrir tierra a causa de la niebla y el 21

fondearon y recogieron frutas en una isla que bautizaron Consolación. Finalmente, entre el 5 y el 6 de mayo realizaron los últimos descubrimientos: Gran Cocal (Nanumanga o Niutao, en el grupo de Ellice o Tuvalu) y San Agustín (el atolón de Nanumea). Por último, la *Princesa* llegó a Guam el 31 de mayo. Allí se recuperaron de tan azarosa derrota, reanudando el viaje el 20 de junio. Finalmente, siguieron la clásica derrota del galeón, alcanzando la Alta California hacia los 34 grados y medio el 8 de agosto de 1781, para fondear en San Blas el 27 de septiembre siguiente tras diez meses y dieciséis días de peregrinaje oceánico.

LAS ÚLTIMAS EXPLORACIONES HISPANAS

Los viajes españoles de la Ilustración coincidieron en el tiempo con varias expediciones científicas enviadas por Francia e Inglaterra. A ellas se sumarían viajeros norteamericanos, rusos, portugueses y, tras la independencia, los enviados por las diferentes repúblicas americanas. Todos estos viajes contribuyeron a aumentar los conocimientos, pero también –por contradictorio que parezca– la confusión. Cada navegante quería immortalizar su persona, la de sus compañeros y naciones de origen, bautizando la multitud de islas e islotes que tachonan el océano con diversos nombres que pocas veces respetaban todos los navegantes por desconocimiento o por mala fe. En consecuencia, aparece en el Pacífico un baile de nombres y de coordenadas que confunden por la sobreposición de topónimos e islas. Como consecuencia, volvieron a organizarse expediciones para averiguar las verdaderas longitudes y latitudes, desterrar las repeticiones y restaurar los bautismos originales. En 1800, el teniente de fragata Juan Antonio Ibargoitia exploró las Palaos y Anacoretas, y bautizó tres islotes: Cata, Mártires y Anónima. Dos años más tarde, Juan Lafita recorrió las Matelotas y Catrican; y en 1804, Luis Torres viajó a las Ulea, dibujando un plano. Finalmente, en 1806, Juan Bautista Monteverde exploró el grupo de Nugor o Nukuor y la isla de San Rafael. Esta labor irá acompañada del rescate y edición de las crónicas coloniales para demostrar la primacía de los descubrimientos hispanos en el inmenso Pacífico.

Bibliografía

Bernabéu Albert, Salvador, *El Pacífico Ilustrado: Del lago español a las grandes expediciones*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992.

- Bernabéu Albert, Salvador, *La aventura de lo imposible. Expediciones marítimas españolas*, Barcelona, Lunwerg, 2000.
- Bernabéu Albert, Salvador, “La exploración marítima española en los siglos XVI y XVII”, en Miguel Ángel Puig-Samper y Sandra Rebok (editores), *España Explora. Malaspina 2010. Cambio global y biodiversidad en el océano*, Madrid, CSIC-Ministerio de Defensa-Lunwerg-Fundación BBVA-AC/E, 2011, pp. 21-33.
- Landín Carrasco, Amancio, *Mourelle de la Rúa, explorador del Pacífico*, Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1978.
- Mellén Blanco, Francisco, *Manuscritos y documentos españoles para la historia de la isla de Pascua*, Madrid, CEHOPU, 1986.
- Mellén Blanco, Francisco, *Las expediciones marítimas del virrey Amat a la isla de Tahiti, 1772-1775. Manuscritos españoles del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Gondo, 2011.
- VV. AA., *Descubrimientos españoles en la Mar del Sur*, 3 vols., Madrid, Editorial Naval, 1992.